

GLOBOS DE COLORES

Joel Torregroza



Julio Neijens

La clase estaba a punto de comenzar. Afuera algunos estudiantes todavía intentaban estacionar sus elefantes en el corredor, atando sus trompas a las bardas de los muros de la imponente edificación de un piso que, a pesar de sus formas discretas y sus acabados burdos, había

adquirido un triste encanto con el gravoso paso de los años. Los voluminosos animales se resistían con terquedad a los empujones de dos muchachos escuálidos que trabajaban como acomodadores por un par de monedas. El espacio no era muy grande y el hedor de los excrementos se mezclaba con el aire vaporoso y el sudor de los cuerpos. El techo obligaba a los elefantes a mantener la cabeza gacha, y sus orejas se raspaban continuamente con las paredes de cal y las columnas gruesas y lisas, haciéndoles sacudir la cabeza en señal de dolor. Adentro, en el amplio espacio del salón de clase, todos ignoraban, más por costumbre que por necesidad, el tumulto ruidoso de los animales y los acomodadores. Calmadas las bestias, los últimos estudiantes cruzaron la puerta del salón con el aire de suficiencia y tonta expectativa de quien entra a un bar a buscar una copa, una mesa o un amigo que no existe. Entre tanto, los que estaban ya adentro intentaban recostarse en las camas del salón de tal forma que los cables de sus computadoras personales no se enredaran con sus piernas desnudas. Un joven esbelto que luchaba con el cierre del estuche de su máquina cruzó unas pocas palabras con sus amigos de atrás, y adelante alguien lanzó un par de plumas al aire para gastar una broma. Las risas no duraron mucho. Con el sonido lejano de una campana todos callaron, permaneciendo sólo el murmullo anónimo de los teclados. En medio del calor sofocante, el profesor, indiferente a lo que sucedía en el fondo del salón, comenzó a señalar con sus dedos las ideas que colgaban de la nada en

ese espacio inmenso que antecedió al pizarrón: unos globos de colores agradables que nadaban en silencio por el aire denso.

Sin prisa alguna, el maestro de ceremonias ejecutó su papel neutral con la certeza inherente a una larga experiencia. Sus gestos eran lentos y poco delicados y no tenían la menor gracia. Primero levantó la mano izquierda para atraer la atención hacia algún globo rosado que se elevaba con lentitud. La superficie levemente peluda de la bola flotante y su opacidad apenas disimulada llamaban la atención de los asistentes poco diestros en el “arte de oír”: en su inocencia no veían más que una esfera brumosa rebosante de irrealidad. Cuando levantó su mano derecha, el profesor atrajo las miradas hacia las pelotas rojas y más pequeñas que se alzaban por detrás del globo rosa. Los movimientos sinuosos y delicados de las rollizas masas errantes producían la impresión de que era el cuerpo del maestro el que se deslizaba atraído por su potencia secreta. En cuestión de minutos el espacio del salón se llenó de ideas. Había unas ideas muy viejas que con el paso de los años habían perdido su color natural asemejándose a frutas jugosas y cálidas paridas dolorosamente por un proyector de hologramas. “¿Para qué sirven?”, pensaban algunos. “¡Son tan grandes y gorditas y graciosas!” exclamaban mentalmente otros, llenos de esa emoción que produce el estar en una rutina cuya importancia existe pero no es clara. Antes de que los estudiantes llegaran, dos de aquellos globos inmensos se encontraban ya en el salón. Los estudiantes se habían habituado tanto a ello que les parecía de lo más natural que esas viejas

ideas durmieran allí toda la noche. Para los discípulos más especiales, los globos vivían en esos cuartos enormes con tanto derecho como las manchas en los ventanales y la pintura rota de las paredes; los querían y respetaban como se venera una verdad eterna. Nunca se habían imaginado el lugar vacío; semejante ejercicio mental era imposible.

Durante casi una hora la clase fue puramente teórica y marchó sin novedad. Una alumna jugó a punzar a distancia algunas pelotas coloridas con el ratón del computador, pero eso fue todo. La tarde era larga y la poderosa digestión del almuerzo en esos estómagos repletos agotaba los cerebros invadiéndolos con el líquido espeso de la somnolencia. El sol invadía el lugar por la izquierda del pizarrón haciendo brillar las sucias telarañas del techo, las patas oxidadas de las camas y los torsos morenos de sus actuales moradores. Repentinamente unas notas cortas y vivaces se desprendieron con naturalidad de los globos hinchados, iniciando su viaje aéreo por entre los cuerpos semidesnudos de los estudiantes, rebotando juguetonamente en las paredes color pastel. Su delicadeza y sencillez derrotó a los escépticos, y la noche fue entonces un recuerdo distante e imposible. Dicen que hay un momento de la vida en que todo el pasado se vislumbra en un instante como un río de sucesos pleno de sentido. Los hombres se estremecen y hasta los más rudos lloran. Pocos podrían hablar sin que les temblara la voz sobre lo que en ese momento el maestro y los discípulos sintieron. Las manos ágiles del maestro facilitaban el ejercicio doloroso de las ideas, extrayendo como un artista cirujano sonidos nunca antes

percibidos. Contorsionando sus dedos ancianos impregnaba la superficie del aire con una lluvia danzante de ocre, azules y violetas. Absolutamente concentrados, y sin detenerse en su labor sagrada de tomar apuntes, los estudiantes luchaban contra su ansiedad. Varias ideas viejas, o de cursos pasados, habían hecho su tranquila aparición cubriendo el fondo ahora lejano del pizarrón. Las más amarillas y violáceas penetraban las paredes con suma ternura fantasmal. Dos ideas gordas y rojizas tuvieron que estirarse un poco para atravesar el viejo marco de madera de la puerta. Su empeño, que tenía el sutil cariz de un gesto seductor, provocó un “¡Oh!” sentido entre el público. Era una situación incómoda ver una idea de esas, con toda su prestancia y su aire de matrona, estrecharse sensualmente entre dos rudas vigas, incitando vibraciones vulgares en los vientres y hervores sanguíneos en las mejillas. Sucedió entonces lo que tenía que suceder. El maestro sudaba. Sus dedos recalentados se estiraban ahora por sí mismos. Una nube arrastrada por el viento reveló por fin toda la potencia del sol, y su luz candente hizo arder el polvo que flotaba como una suave y espaciada neblina escurrida del techo. En un instante una forma azul imprecisa, totalmente nueva, trató de asomarse a lo lejos entre el espacio que repentinamente dejaron abierto dos ideas naranjas con visos de rojo sangre. En un principio, la minúscula criatura, que apenas se atrevía a vivir, emitió unos desechos deslumbrantes. Los corazones batían nerviosamente siguiendo el ritmo de la música amorfa que brotaba del naciente globo azul. Al cabo de unos minutos,

la nueva esfera naciente avanzó con timidez hasta detenerse sobre las cabezas de los estudiantes impávidos. El monótono tecleo de las computadoras personales se detuvo, haciendo evidente la realidad del silencio. La pelotita se hinchó. Su superficie rugosa bañada en líquido amniótico adquirió la textura de las hojas de papel desgastadas por el tiempo. Llena de una luz suave color cielo liberó unas burbujas que estallaron contra el techo. Embriagados, los asistentes miraban el globo con el pasmo propio de las cosas que enmudecen. El profesor, extático, levantó religiosamente su dedo índice señalando el asombro. La tensión se hizo aplauso, y el aplauso algarabía. En el desorden de la conmoción todo fue perfecto. Detrás del tumulto rebosante de globos de colores que se agolpaban frente al pizarrón, una idea ancestral, que alguna vez arrobó con su presencia, respiró su última nota cansada. En la soledad de una fiesta que ya no era suya, perdió suavemente sus colores desgastados y se fue desvaneciendo de manera tranquila, perdida en ese olvido cruel que injustamente desecha las cosas.

(Este relato forma parte del archivo de la revista *Al Margen*, y fue publicado originalmente en esa revista en marzo de 2003)